





JUAN VALERA

---

NOVELAS

# Juanita la Larga.



OBRAS COMPLETAS

TOMO IX





JUANITA LA LARGA



R.14501

L  
AN  
696

JUAN VALERA

NOVELAS

# Juanita la Larga.



OBRAS COMPLETAS

TOMO IX



---

Es propiedad.  
Derechos reservados.

---



Al Excelentísimo Señor

**Marqués de la Vega de Armijo.**

---

Mi querido amigo: no sé si este libro es novela ó no. Le he escrito con poquísimo arte, combinando recuerdos de mi primera mocedad y aun de mi niñez, pasada en tal ó cual lugar de la provincia de Córdoba. A fin de tener libre campo en que fingir una acción, no determino el lugar en que la acción pasa é invento uno dándole nombre supuesto, pero yo creo que los usos y costumbres, los caracteres, las pasiones y hasta los lances de mi relato, han podido suceder naturalmente y tal vez han sucedido, siendo yo, en cierto modo, más bien historiador fiel y veraz que novelista rico de imaginación y de inventiva. Si no fuese porque ahora está muy en moda este género de novelas, copia exacta de la realidad y no creación del espíritu poético, yo daría poquísimo valer á mi obra. No le tiene tampoco porque eleve el alma á superiores esferas, ni porque trate de demostrar una tesis metafísica, psicológica, social, po-

lítica ó religiosa. JUANITA LA LARGA no propende a demostrar ni demuestra cosa alguna. Su mérito, si le tuviere, ha de estar en que divierta. Yo me he divertido mucho escribiéndola, pero no se infiere de ahí que se diviertan también los que la lean. Al contrario, es muy posible que haya agotado yo toda la diversión al escribirla y se la entregue al público, monda y lironda, como quien se come la carne y tira el hueso.

Había pensado yo, desde un principio, dedicar á usted esta novela, llamémosla así; pero las anteriores consideraciones me han hecho vacilar y me han tenido á punto de no hacer la dedicatoria. Si no enseño nada porque en la novela no hay tesis y porque no gusto de la poesía docente, y si no divierto tampoco porque todo el jugo de la diversión que en la novela había me lo he sorbido al componerla, ¿qué es lo que voy á dedicar que merezca ser dedicado?

Á pesar de lo dicho, he persistido después en hacer la dedicatoria y la hago, fundado en dos razones.

Es la primera la persuasión en que estoy de que usted acogerá este libro con benévola indulgencia, prescindiendo de su corto mérito, por ser muestra de mi constante amistad y de la gratitud que le debo, ya por antiguos favores, ya por otros recientes, cuando hace poco fué de nuevo jefe mío. Y es la segunda que mi libro puede considerarse como espejo ó reproducción fotográfica de hombres y de cosas de la provincia en que yo he nacido y en que usted es uno de los más ilustres magnates. Aunque las pinturas ó retratos que yo hago carezcan de gracia, entiendo que en ellos resplandece el amor con que los he hecho, lo cual no

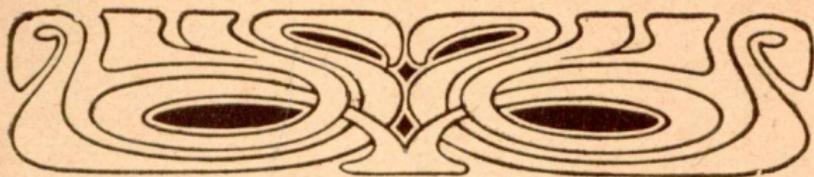
puede menos de prestarles agrado y de atraerles la simpatía de usted y del público. Por donde me inclino á esperar que usted ha de gustar de mi libro y que también el público ha de gustar de él, si no tanto como usted, lo bastante para perdonar ó disimular las muchas faltas que en él note.

Suplico á usted, pues, que acepte mi pobre ofrenda por la buena y cariñosa intención con que se la dedico y que me crea siempre su afectísimo amigo,

*q. l. b. l. m.,*

JUAN VALERA





## Juanita la Larga.

### I

Cierto amigo mío, diputado novel, cuyo nombre no pongo aquí porque no viene al caso, estaba entusiasmadísimo con su distrito y singularmente con el lugar donde tenía su mayor fuerza, lugar que nosotros designaremos con el nombre de Villalegre. Esta rica, aunque pequeña población de Andalucía, estaba muy floreciente entonces, porque sus fértiles viñedos, que aun no había destruído la filoxera, producían exquisitos vinos, que iban á venderse á Jerez para convertirse en jerezanos.

No era Villalegre la cabeza del partido judicial, ni oficialmente la población más importante del distrito electoral de nuestro amigo, pero cuantos allí tenían voto estaban tan subordinados á un grande elector, que todos votaban unánimes y,

según suele decirse, volcaban el puchero en favor de la persona que el gran elector designaba. Ya se comprende que esta unanimidad daba á Villalegre, en todas las elecciones, la más extraordinaria preponderancia.

Agradecido nuestro amigo al cacique de Villalegre, que se llamaba don Andrés Rubio, le ponía por las nubes y nos le citaba como prueba y ejemplo de que la fortuna no es ciega y de que concede su favor á quien es digno de él, pero con cierta limitación, ó sea sin salir del círculo en que vive y muestra su valer la persona afortunada.

Sin duda, don Andrés Rubio, si hubiera vivido en Roma en los primeros siglos de la Era Cristiana, hubiera sido un Marco Aurelio ó un Trajano, pero como vivía en Villalegre, y en nuestra edad, se contentó y se aquietó con ser el cacique, ó más bien el César ó el emperador de Villalegre, donde ejercía mero y mixto imperio y donde le acataban todos obedeciéndole gustosos.

El diputado novel, no obstante, ensalzaba más á otro sujeto del distrito, porque sin él no se mostraba la omnipotencia bienhechora de don Andrés Rubio. Así como Felipe II, Luis XIV, el Papa León X y casi todos los grandes soberanos, han tenido un ministro favorito y constante, sin el cual tal vez no hubieran desplegado su maravillosa actividad, ni hubieran obtenido la hegemonía para

su patria, don Andrés Rubio tenía también su ministro, que, dentro del pequeño círculo donde funcionaba, era un Bismark ó un Cavour. Se llamaba este personaje don Francisco López, y era secretario del Ayuntamiento, pero nadie le llamaba sino don Paco.

Aunque había cumplido ya cincuenta y tres años, estaba tan bien conservado, que parecía mucho más joven. Era alto, enjuto de carnes, ágil y recio; con poquísimas canas aún; atusados y negros los bigotes y la barba; muy atildado y pulcro en toda su persona y traje, y con ojos zarcos, expresivos y grandes. No le faltaba ni muela ni diente, que los tenía sanos, firmes y muy blancos é iguales.

Pasaba don Paco por hombre de amenísima y regocijada conversación, salpicada de chistes, con que hacía reir sin ofender mucho ni lastimar al prójimo, y por hábil narrador de historias, porque conocía perfectamente la vida y milagros, los lances de amor y fortuna, y la riqueza y la pobreza de cuantos seres humanos respiraban y vivían en Villalegre y en veinte leguas á la redonda.

Esto en lo tocante al agrado. Para lo útil don Paco valía más: era un verdadero factotum. Como en el pueblo, si bien había dos licenciados y tres doctores en Derecho, eran abogados Peperris, ó sea de secano, todos acudían á don Paco, que, rá-

bula y jurisperito, sabía más leyes que el que las inventó, y les ayudaba á componer ó componía cualquier pedimento ó alegato sobre negocio litigioso de algún empeño y cuantía.

El escribano era un zoquete, que había heredado la escribanía de su padre y que sin las luces y la colaboración de don Paco apenas se atrevía á redactar ni testamento, ni contrato matrimonial, de arrendamiento ó de compra-venta, ni escritura de particiones.

El alcalde y los concejales, rústicos labradores por lo común, á quienes don Andrés Rubio hacía elegir ó nombrar, le estaban sometidos y devotos, y como no entendían de reglamentos ni de disposiciones legales sobre administración y hacienda, don Paco era quien repartía las contribuciones y lo disponía todo. Cuidaba al mismo tiempo de la limpieza de la villa, de la conservación de las Casas Consistoriales y demás edificios públicos y del buen orden y abastecimiento de la carnicería y de los mercados de granos, legumbres y frutas; y era tan campechano y dicharachero, que alcanzaba envidiable favor entre los hortelanos y verduleras, quienes solían enviar á su casa, para su regalo, según la estación, ya higos almibarados, ya tiernas lechugas, ya exquisitas ciruelas claudias, ó ya los melones más aromáticos y dulces.

El carnicero estaba con don Paco á partir un

piñón, y de seguro que, si alguna becerrita se perniquebraba y había que matarla, lo que es los sesos, la lengua y lo mejorcito del lomo no se presentaba en otra mesa sino en la de don Paco, á no ser en la de su hija, de quien hablaremos después.

Asombrosa era la actividad de don Paco, pero distaba mucho de ser estéril. Con tantos oficios florecía él y medraba que era una bendición del cielo, y aunque había empezado en su mocedad por no poseer más que el día y la noche, había acabado por ser propietario de buenas fincas. Poseía dos hazas en el ruedo, de tres fanegas la una. La otra sólo tenía una fanega y cinco celemines; pero como allá en lo antiguo había estado el cementerio en aquel sitio, la tierra era muy generosa y producía los garbanzos más mantecosos y más gordos y tiernos que se comían en toda la provincia, y en cuya comparación eran balines los celebrados garbanzos de Alfarnate. Poseía también don Paco quince aranzadas de olivar, cuyos olivos no eran ningunos cantacucos, sino muy frondosos y que llevaban casi todos los años abundante cosecha de aceitunas, siendo famosas las gordales, que él hacía aliñar muy bien, y que, según los peritos en esta materia, sobrepujaban á las más sabrosas aceitunas de Córdoba, tan celebradas ya en la *Gatomaquia* por el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega.

Por último, poseía don Paco la casa en que vivía, donde no faltaban bodega con diez tinajas de las mejores de Lucena, un pequeño lagar, y una candiotera con más de veinte pipas, entre chicas y grandes. Para llenar las pipas y las tinajas era don Paco dueño de un hermoso majuelo, que casi tenía seis fanegas de extensión; y, aunque su producto no bastaba, solía él comprar mosto en tiempo de la vendimia, ó más bien comprar uva, que pisaba en el lagar de su casa.

Era ésta de las buenas del pueblo, con corral, donde había muchas gallinas, y con patio enlosado y lleno de macetas de albahaca, brusco, evónimo, miramelindos, don-pedros y otras flores.

Claro está que para las faenas rústicas del lagar, del trasiego del vino y de la confección del aceite, hombres y bestias entraban por una puertecilla falsa que había en el corral. En suma, la casa era tal y tan cómoda y señoril, que si la hubiera alquilado don Paco, en vez de vivirla, no hubiese faltado quien le diese por ella 400 reales al año, limpios de polvo y paja, esto es, pagando la contribución el inquilino.

Menester es confesar que todo este florecimiento tenía una terrible contra: la dependencia de don Andrés Rubio, dependencia de que era imposible ó por lo menos difícilísimo zafarse.

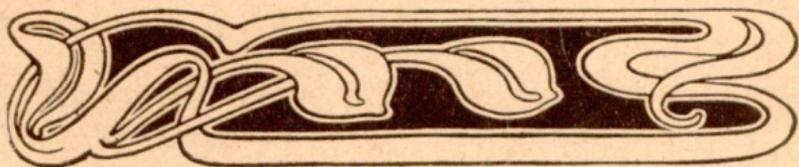
Por útiles y habilidosos que los hombres sean,

y por muy aptos para todo, no se me negará que rara vez llegan á ser de todo punto necesarios, singularmente cuando hay por cima de ellos un hombre de voluntad enérgica y de incontrastable poderío á quien sirven y de cuyo capricho y merced están como colgados. Don Andrés Rubio había, digámoslo así, hecho á don Paco; y así como le había hecho, podía deshacerle. No le faltarían para ello persona ó personas que reemplazasen á don Paco, repartiéndose sus empleos, si una sola no era bastante á desempeñarlos todos con igual eficacia y tino.

Don Paco tenía plena conciencia de lo que debía y de lo que podía esperar y temer aún de don Andrés; de suerte que, tanto por gratitud, cuanto por prudencia previsora, le servía con la mayor lealtad y celo y procuraba complacerle siempre.

Don Paco, sin embargo, no recelaba mucho perder su elevada posición y su envidiable privanza. Además de contar con su rarísimo mérito, estaba agarrado á muy buenas aldabas.

---



## II

Viudo hacía ya más de veinte años, tenía una hija de veintiocho, que había sido la más real moza de todo el lugar, y que era entonces la señora más elegante, empingorotada y guapa que en él había, culminando y resplandeciendo por su edad, por su belleza y por su aristocrática posición, como el sol en el meridiano.

Hacía ya diez años que ella había logrado cautivar la voluntad del más ilustre caballero del pueblo, del mayorazgo don Álvaro Roldán, con quien se había casado y de quien había tenido la friolera de siete robustos y florecientes vástagos entre hijos é hijas.

El tal don Álvaro vivía aún con todo el aparato y la pompa que suelen desplegar los nobles lugareños. Su casa era la mejor que había en Villalegre, con una puerta principal adornada, á un lado y á otro, de magníficas columnas de piedra berroqueña, estriadas y con capiteles corintios. Sobre la

puerta estaba el escudo de armas, de piedra también, donde figuraban leones y perros, calderas, barcos y castillos y multitud de monstruos y de otros objetos simbólicos que para los versados en la utilísima ciencia del blasón daban claro testimonio de la antigüedad y sublimidad de su prosapia.

Decían las malas lenguas, y en los lugares nunca faltan, que don Álvaro estaba atrasado, que tenía hipotecadas algunas de sus mejores fincas y que debía bastante dinero; pero yo las supongo hablillas calumniosas, porque él vivía como si nada debiese. Le servían muchos criados, constantes unos y entrantes y salientes otros; y como era aficionadísimo á la caza, no le faltaban una jauría de galgos, podencos y pachones, y dos hábiles cazadores ó escopetas negras que solían acompañarle.

En la casa había jardín, y además un desmesurado corralón, donde, para mayor recreo y gala, no se encerraban sólo gallinas y pavos, sino, en apartados recintos, venados y corzos traídos vivos de Sierra Morena, y, por último, amarrado á fuerte cadena de hierro, por temor á sus travesuras y ferocidades, un enorme mono que había enviado de Marruecos un capitán de infantería, primo del señor.

Doña Inés, que así se llamaba la hija de don Paco, venerada esposa de don Álvaro Roldán, te-

nía también muchos costosos caprichos de varios géneros. Se vestía con lujo y elegancia no comunes en los lugares; sustentaba canarios, loros y cotorras; era golosísima y delicada de paladar y los mejores platos de carne y los almíbares más apetitosos se comían en su mesa. El chocolate, que se elaboraba en su casa, dos veces al año, gozaba de nombradía en toda la comarca.

Como don Álvaro Roldán estaba ausente más de la mitad del tiempo, ya cazando conejos, perdices y liebres, ya en distantes monterías, ya en las ferias más concurridas de los cuatro reinos andaluces, doña Inés se quedaba sola, pero tenía para distraerse varios recursos, además del de la lectura de libros serios.

Su criada favorita, llamada Serafina, era una verdadera joya: lo que se llama un estuche. Sabía tocar la guitarra rasgueando y de punteo; cantaba como una calandria, así las melancólicas playeras, como el regocijado fandango. Su memoria era rico arsenal ó archivo de coplas, tiernas ó picantes, en que la casta musa popular no siempre merecía el mencionado calificativo con que algunos la designan.

No se entienda por esto que doña Inés gustase de conversaciones libres y escabrosas. Cuanto no era lícito y puro, en el pensamiento y en la palabra, ofendía sus oídos de austera matrona; pero en

un lugar hay que sufrir tales libertades ó hay que aparentar que no se oyen. El propio don Álvaro no era nada mirado en el hablar, ni menos aún lo eran las personas que le rodeaban. Valga para ejemplo cierto mozo, de unos quince años de edad, hijo del aperador y favorito de don Álvaro, que éste tenía siempre en casa para que entretuviese á los niños. Como el aperador era Calvo de apellido, al mozo le apellidaban Calvete. Y para que se vea lo mucho que hubo de sufrir en ocasiones la pulcritud de doña Inés, he de citar aquí un caso que de Calvete me han referido.

Antes de que cumpliese dos años el primogénito de los Roldanes, logró Calvete enseñarle á pronunciar con la mayor perfección cierto vocablo de tres sílabas, en que hay una aspiración muy fuerte. Encantado con su triunfo pedagógico, corrió por toda la casa gritando como un loco:

— ¡Señor don Álvaro! ¡Ya lo dice claro! ¡El señorito lo dice claro!

Doña Inés se disgustó y rabió, pero don Álvaro quedó más encantado que Calvete y le dió en albricias un doblón de á cuatro duros, después que el niño dijo delante de él la palabreja y él admiró el aprovechamiento y la precocidad del discípulo y la virtud didáctica del maestro.

Amigas tenía pocas doña Inés, porque casi todas las hidalguillas y labradoras de la población esta-

ban muy por bajo de ella en entendimiento, ilustración, finura y riqueza.

Quien más acompañaba, por consiguiente, en su soledad á la señora doña Inés, era el cacique don Andrés Rubio, embobado con el afable trato de ella y cautivo de su discreción y de su hermosura.

Daba esto ocasión á que los maldicientes supusiesen y dijesen mil picardías. Pero ¿quién en este mundo está libre de una mala lengua y de un testigo falso? ¿Cómo la gente grosera de un lugar ha de comprender la amistad refinada y platónica de dos espíritus selectos? El señor cura párroco era de los pocos que verdaderamente la comprendían, y así encontraba muy bien aquella amistad y acaso daba gracias á Dios de que existiese, porque redundaba en bien de los pobres y de la iglesia, á quienes doña Inés y don Andrés, puestos de acuerdo, hacían muchos presentes y limosnas.

Era el cura párroco un fraile exclaustro de Santo Domingo, muy severo en su moral, muy religioso y muy amigo del orden, de la disciplina y del respeto á la jerarquía social. Casi siempre en sus pláticas, en sus conversaciones particulares y en los sermones que predicaba con frecuencia, porque era excelente predicador, clamaba mucho contra la falta de religión y contra la impiedad que va cundiendo por todas partes, con lo cual los ricos pierden la caridad y los pobres la resignación y la

paciencia, y en unos y en otros germinan y fermentan los vicios, las malas pasiones y las peores costumbres.

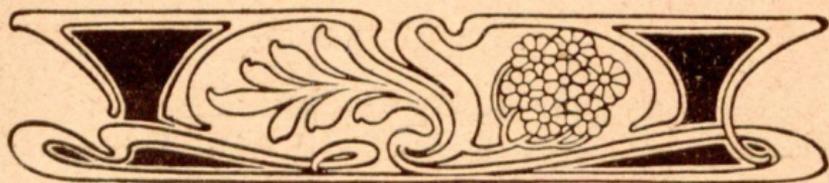
El padre Anselmo, que así se llamaba el cura párroco, admiraba de buena fe á la señora doña Inés como á un modelo de profunda fe religiosa y de distinción aristocrática. Era el tipo ideal realizado de la gran señora, tal como él se la imaginaba. Ni siquiera le faltaban á doña Inés ocasiones en que ejercitar las raras virtudes del prudente disimulo para no dar escándalos, de la santa conformidad con la voluntad de Dios y de la longanimidad benigna para perdonar las ofensas. Bien sabía toda la gente del lugar los malos pasos en que don Álvaro Roldán solía andar metido. Á menudo, sobre todo en las ferias, jugaba al monte y hasta al cané; y, lo que es peor, era tan desgraciado ó tan torpe, que casi siempre perdía. Para consolarse apelaba á un lastimoso recurso: gustaba de empinar el codo, y aunque tenía un vino regocijado y manso, siempre era grandísimo tormento para una dama tan en sus puntos tener á su lado y como compañero á un borracho. Por último, aquel empecatado de don Álvaro, aunque tenía tan egregia y bella esposa, se dejaba llevar á menudo de las más villanas inclinaciones, y en una ó en otra de sus dos magníficas caserías alojaba con mal disimulado recato á alguna daifa, por lo común forastera, que

había conocido y con quien había simpatizado, ya en esta feria, ya en la otra.

Como se ve, don Álvaro distaba mucho de ser un modelo de perfección. El padre Anselmo no ignoraba sus extravíos, contribuyendo esto á hacer más respetable á sus ojos á la prudente y sufrida señora.

Era tal la distinción aristocrática de doña Inés que, sin poder remediarlo, hasta en su padre encontraba cierta vulgar ordinariez que la afligía no poco; pero como doña Inés tenía muy presentes los mandamientos de la Ley de Dios y los observaba con exactitud rigurosa, nunca dejaba de honrar á su padre como debía, si bien procuraba honrarle desde lejos y no verle con frecuencia, á fin de no perder las ilusiones.

En suma, don Andrés el cacique era la única persona que por *naturaleza* estaba á la altura de doña Inés y era capaz de comprenderla y admirarla. Y digo por *naturaleza*, porque el padre Anselmo, aunque por naturaleza era entendido, estaba además tan ayudado y tan ilustrado con la gracia de Dios, que comprendía como nadie el valor y las excelencias de doña Inés, y era muy digno de su trato familiar, teniendo con ella piadosísimos coloquios, en los cuales se desataba contra la abominable corrupción de nuestro siglo y contra la blasfema incredulidad que prevalece en el día y que se va apoderando de todos los espíritus.



### III

Sin el menor artificio he presentado ya á mis lectores á varios de los personajes principales que han de figurar en la presente historia; pero me quedan dos todavía, de los cuales conviene dar previamente alguna noticia.

Don Paco, según hemos dicho, era un hombre enciclopédico, de variadas aptitudes y habilidades; la mano derecha del cacique y la subordinada inteligencia que hacía que en el lugar la soberana voluntad del cacique se respetase y cumpliese.

Había, sin embargo, en Villalegre otra persona, que en más pequeña esfera y en más reducidos términos, si no competía, se acercaba mucho al mérito de don Paco por la multitud de sus conocimientos y habilidades y por lo hacendosa y lista que era.

Hablo aquí de la famosísima Juana la Larga. Imposible parece que esta mujer atinase á hacer bien

tantas cosas diversas. Ella trabajaba mucho, pero no se ha de negar que con fruto. Tenía casa propia, sin lagar y sin bodega, pero en lo restante casi tan buena como la de don Paco. Carecía de olivares y de viñas, pero había hecho algunos ahorrillos que, según la voz pública, pasaban de 12.000 reales, y que iban creciendo como la espuma, porque los tenía dados á rédito á personas muy de fiar, y al 10 por 100 al año, porque como era mujer muy temerosa de Dios, de muy estrecha conciencia y muy caritativa, no quería pasar por usurera.

En sus diferentes oficios, Juana la Larga ganaba, por término medio, y según los cálculos más juiciosos, sobre ocho reales al día ó dígase cerca de 3.000 cada año. Y esto sin contar las adehalas, propinas, regalos y obsequios que recibía á menudo. Bien es verdad que todo y más se lo merecía ella.

Nadie era más á propósito para dirigir una manzana de cerdos. Salaba los jamones con singular habilidad. El adobo con que preparaba los lomos antes de freirlos en manteca, era sabroso y delicadísimo, y teñía la manteca de un rojo dorado que hechizaba la vista, daba delicado perfume y despertaba el apetito de la persona más desganada cuando entraba por sus narices y por sus ojos. Sus longanizas, morcillas, morcones y embuchados dejaban muy atrás á lo mejor que en este género se condimenta en Extremadura. Y tenía tan hábil ma-

no para todo, que hasta cuando derretía las mantecas sacaba los más saladitos y crujientes chicharrones que se han comido nunca. Así es que los labradores ricos y otras personas desahogadas y de buen gusto se disputaban á Juana la Larga para que fuese á la casa de ellos á hacer la matanza.

En lo tocante á repostería no era nada inferior; y casi todo el año, y particularmente en tres solemnes épocas, no sabía ella cómo acudir á las mil partes á donde la llamaban: antes de Pascua de Navidad, á fin de confeccionar las chucherías y delicadezas que las personas pudientes y sibaríticas suelen entonces mandar hacer para su regalo: por ejemplo, los hojaldres y las célebres empanadas con boquerones y picadillo de tomate y cebolla que se toman por allí con el chocolate. Hacía, también como nadie, tortillas de azúcar y polvorones que se dejaban muy atrás á los tan encomiados de Morón; roscos de huevo y de vino y mucha variedad de bizcochos y de almíbares.

Si Juana no hubiera sabido tanto de otras cosas, se hubiera podido asegurar que era una especialidad maravillosa para las frutas de sartén; de modo que en los días que preceden á la Semana Santa no daba paz á la mano ni á la mente, acudiendo á las casas de los Hermanos Mayores de las cofradías para hacer las esponjosas hojuelas, los gajorros y los exquisitos pestiños, que se deshacían en la boca

y con los cuales se regalaban los apóstoles, los nazarenos, el santo rey David y todos los demás profetas y personajes gloriosos del Antiguo y del Nuevo Testamento que figuraban en las deliciosas procesiones que por allí se estilan.

No estaba ociosa Juana ni carecía de conveniente habilidad para emplearla en la estación de la vendimia. Sus arropes no tenían rival en toda aquella provincia, y lo mismo puede decirse de sus excelentes gachas de mosto. En otoño, por ser cuando se dan los mejores frutos, se castran las colmenas y está fresca la miel, se empleaba Juana en hacer carne de membrillo y de manzana, gran variedad de turrone y ligerísimo y esponjado piñonate, cuyos gruesos y dorados granos quedaban ligados con la olorosa miel bien batida.

Fuera de esto, Juana se pintaba sola para disponer cualquier pipiripao ó banquete que debía ó quería dar algún señor del pueblo, ya con ocasión de boda ó bautizo, ya para obsequiar al diputado, al señor gobernador ó al propio obispo si venía á visitar la villa.

Y no se crea que Juana sabía sólo hacer los guisos locales, sino que también había importado y añadido á la cocina indígena no pocos platos forasteros de más ó menos remotos países, entre los cuales platos ó manjares descollaban los celeberrimos bizcochos de yema, que sólo hacían unas mon-

jas de Écija, de cuyo secreto tradicional no se comprende por qué arte ó maña prodigiosa ella había sabido apoderarse. Confeccionaba, por último, varios platos de origen francés, cuyos nombres enrevesados habían venido á modificarse poniéndose de acuerdo con la pronunciación española. Así, por ejemplo, chuletas á la *balsamela*, lenguados *ingratinés* y anguilas fritas con salmorejo tártaro.

No era todo esto lo más admirable. Lo más admirable era que Juana, sobre ser la más sabia cocinera y repostera del lugar, era también su primera modista.

Casi siempre tenía una ó dos oficialas que cosían para ella, y ella cortaba vestidos, con tanto arte y primor, como Worth ó la Doucet en la capital de Francia.

Las señoras y señoritas más pudientes y aficionadas al lujo acudían, pues, á Juana para sus trajes de empeño, cuando había que lucirlos, ya en una boda, ya en una feria ó ya en el baile que solía darse en las Casas Consistoriales el día del Santo Patrono.

Juana, por último, no era sólo sabia y operosa en las artes del deleite, sino que ejercía también, aunque no estaba examinada ni tenía título, un menester ó profesión de la más alta importancia social.

Era peritísima y agilísima para ayudar á cual-

quier mujer en los más duros trances de Lucina, y muchas se confiaban y se entregaban á ella porque jamás se le había desgraciado ninguna criaturita, y porque la madre, como no fuese muy enclenque, á los seis ó siete días de salir de su cuidado estaba ya de pie, y á menudo iba á misa, y si se presentaba la ocasión, bailaba el bolero.

Con todas estas habilidades y excelencias, Juana la Larga no podía menos de ser querida y estimada en Villalegre, consiguiendo que su severa y más alta sociedad ó *high life* le hubiese perdonado un deslíz ó tropiezo que tuvo en sus mocedades.

---



#### IV

En el momento en que va á empezar la acción de esta verdadera historia, Juana tendría unos cuarenta años muy cumplidos, si bien conservaba aún restos de su antigua belleza, que había sido notable cuando ella tenía veinte años; pero como entonces era muy pobre y no había descubierto ni mostrado sus grandes habilidades, no encontró, á pesar de su mérito, novio que le acomodase, y tuvo que permanecer soltera.

Á lo que se cuenta, cierto oficial de caballería, que vino por aquellos lugares á comprar caballos para la remonta, y que era guapísimo y muy gracioso y divertido, se enamoró de Juana y logró enamorarla. No se sabe si le dió palabra de casamiento ó no se la dió; pero lo cierto es que el bueno del oficial tuvo que irse á la guerra civil, que ardía en las Provincias Vascongadas, y allí le mató una bala carlista, que le agujereó el cráneo y se le entró en los sesos.

Juana quedó, pues, semi-viuda. Póstuma ó no póstuma, tuvo una niña preciosa, á quien dieron en la pila bautismal el mismo nombre que á su madre. El vulgo añadió después al nombre el mismo epíteto, por donde esta niña, que será la principal heroína de nuestra historia, vino á ser apellidada Juanita la Larga.

Su madre la crió con gran cariño y esmero, sin recatarse y sin disimular que ella era su hija, lo cual hubiera sido en aquel lugar, donde todo se sabía, el más inútil de los disimulos. Juana crió, pues, á sus pechos á Juanita; siempre la llamaba hija, y Juanita, desde que empezó á hablar, llamaba á Juana madre á boca llena.

Esto era considerado como una gran desvergüenza entre las personas severas del lugar, que clamaban contra el escándalo y mal ejemplo; pero poco á poco todos se fueron acostumbrando, y al cabo de algunos años nada parecía más natural ni más justo sino que Juanita fuese hija de Juana, á la cual no faltaron tampoco defensores, ya razonables, ya fervorosos, que alababan el cariño y la devoción maternal de la madre á la hija, y que, cuando eran algo maldicientes, no dejaban de comparar á Juana con otras que pasaban por honradísimas, y que hasta tenían la insolencia de presumir de casi santas. De ellas se murmuraba, con más ó menos fundamento, que habían tenido también

fruto, y no de bendición, del cual se habían desprendido, ó enviándole á la Inclusa, ó sabe Dios ó el diablo de qué otra manera.

El epíteto de Larga dado á Juanita no era sólo por herencia, sino que era también por conquista.

Juanita, á los diecisiete años, había espigado tanto, que era la moza más alta y más esbelta que había en el lugar. Algo de la sangre belicosa del oficial de caballería se había infundido en ella, y la crianza libre y hombruna que había recibido, había desarrollado su agilidad y sus bríos. Cuando andaba tenía un aire marcial á par que gracioso; corría como un gamo; tiraba pedradas con tanto tino que mataba los gorriones, y de un brinco se plantaba sobre el lomo del mulo más resabiado ó del potro más cerril. Y no á horcajadas, porque esto no lo consentían su decoro y su estética natural é inconsciente, sino sentada, lo cual es más difícil, hacía trotar y galopar á la bestia, espoleándola con los talones ó azotándola con el extremo del ronzal ó de la jáquima, cuando la tenía y no iba en pelo, sin brida ni rienda de ninguna clase.

Los primeros años de la mocedad de Juanita habían sido dificultosos, porque su madre no había alcanzado aún la extraordinaria reputación de que después gozaba, ni tenía el bienestar y la riqueza de que ya hemos hablado.

Juanita no fué nunca á la miga, pero su madre

le enseñó á coser y á bordar primorosamente; y el maestro de escuela, que le tomó mucho cariño, le enseñó á leer y á escribir gratis en sus ratos de ocio.

Desde que tuvo nueve años, Juanita fué de grande auxilio á su madre, que hasta mucho más tarde no se dió el lujo de tener una sirvienta.

Juanita barría y aljofifaba, fregaba los platos, enjalbegaba algunos cuartos y la fachada de la casa, que era la más blanca y la más limpia de la población, y hasta agarraba su cantarillo é iba por agua á la milagrosa fuente del ejido, cuyo caño vertía un chorro tan grueso como el brazo de un hombre robusto, siendo tal la abundancia del agua que con ella se regaban muchísimas huertas y se hacían frondosos, amenos y deleitables los alrededores de Villalegre, contribuyendo no poco á que la villa mereciese este nombre. El agua además era exquisita por su transparencia y pureza, como filtrada por entre rocas de los cercanos cerros, y tenía muy grato sabor y muy saludables condiciones. La gente del pueblo le atribuía, por último, algunas prodigiosas cualidades, calificándola de muy *vinagreira* y de muy *triguera*. Quería significar con esto que el arriero que compraba en Villalegre vinagre de yema, por lo común muy fuerte, llenaba sólo dos tercios de la cavidad de la corambre, y la acababa de llenar por la mañanita temprano, antes de

emprender su viaje, mitigando y suavizando con el agua de la fuente la fortaleza y acritud del líquido, y ganándose así desde luego un 33 por 100, aunque vendiese el vinagre al mismo precio en que le había comprado.

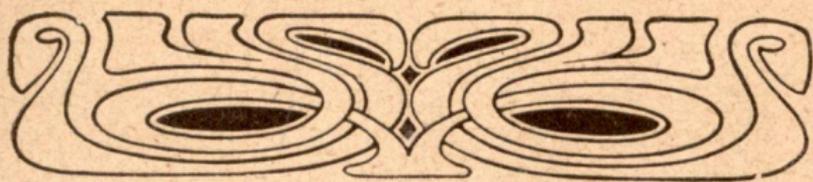
Era también *triguera* el agua de la fuente, porque sus raras cualidades consentían, aunque era difícil operación y que debía hacerse con gran sigilo, que, valiéndose de una escoba de palma enana, se rociase con ella el trigo que se iba á vender, dejándole expuesto luego al sol para que se secase. Así el trigo recibía mejor sabor, y aunque por fuera quedaba seco, guardaba por dentro algo del líquido, y se esponjaba y crecía en peso y en volumen.

Todavía esta fuente tenía otro mérito y prestaba otro notable servicio, porque además de un gran pilar en que iban á beber y bebían todas las bestias de carga y de labor y los toros, vacas y bueyes, y además de otro pilar bajo, que solía ser abrevadero del ganado lanar y de cerda, llenaba con sus cristalinas ondas un espacioso albercón cercado de muros que le ocultaban á la vista de los transeuntes, donde iban las mujeres á lavar la ropa, remangadas las enaguas hasta los muslos y metidas en el agua hasta la rodilla, como por allí es uso, aun en el rigor del invierno. Frondosos y gigantescos álamos negros y pinos y mimbreras circundan la fuente y hacen aquel sitio umbrío y deleitoso. Al

pie de los mejores árboles hay poyos hechos de piedra y de barro y cubiertos de losas, en los cuales suelen sentarse los caballeros y las señoras que salen de paseo. Casi todas las tardes se arma allí tertulia y grata conversación, siendo los más constantes el escribano, el boticario, nuestro don Paco y el señor cura, quien, al toque de oraciones, recita el *Angelus Domini*, al que responden todos quitándose el sombrero y santiguándose y persig-nándose.

En torno del pilar charlan las mozas que vienen por agua, cada cual con su cantarillo, y suelen hacer el papel de Rebecas con cuantos arrieros Eliaceres acuden allí para que beban, si no sus camellos, sus mulas y sus borricos. También, al lado y dentro del albercón y á poca distancia de él, donde hay un vallado ó seto vivo de zarzamoras, granados y madre selvas, que limita y defiende las huertas, y sobre el cual seto se pone á secar la ropa lavada, se extiende y dilata la tertulia democrática y popular con mucha charla, risotadas, jaleos y retozos, pues no faltan nunca zagalones y hasta hombres ya maduros que acuden por allí atraídos por las muchachas, como acuden los gorriones al trigo.

---



## V

Juana la Larga, según queda indicado, gracias á su constante actividad, buen orden y economía, en todo lo cual su hija le ayudaba con inteligencia y celo, había mejorado de posición y de fortuna. Tenía una criada muy trabajadora, que barría y fregaba, y bajo la dirección de las señoras guisaba también, dejando á éstas el tiempo libre para ejercer sus lucrativos oficios. El oficio principal de Juanita era coser y bordar, para lo cual había desplegado aptitud superior á la de su madre.

Juanita no tenía que emplearse en más bajas ocupaciones. Sin embargo, ora fuese por candorosa coquetería, ó sea por deseo de lucir la gallardía de su persona, deseo de que no se daba cuenta, ora porque Juanita necesitase del ejercicio corporal y de mostrar y desplegar la energía de su sana naturaleza, Juanita, aun cumplidos ya los diecisiete

años, gustaba de ir por agua á la fuente del ejido, allanándose á veces, á pesar de la desahogada posición de su madre y de ella, á ir al albercón á lavar alguna ropa, cuando la ropa era fina y temía ella, ó aparentaba temer, que manos más rudas que las suyas la estropeasen.

La verdad era que esto de ir al albercón y á la fuente, más que fatiga era recreo y solaz para Juanita, la cual divertía á las otras muchachas con sus agudos dichos y felices ocurrencias, las hacía reir á casquillo quitado y gozaba de popularidad y favor entre ellas.

Era ya Juanita una guapa moza en toda la extensión de la palabra. Las faenas caseras no habían estropeado sus lindas y bien torneadas manos, y ni el sol ni el aire habían bronceado su tez trigueña. Su pelo negro, con reflejos azules, estaba bien cuidado y limpio. No ponía en él ni aceite de almendras dulces ni blandurilla de ninguna clase, sino agua sola con alguna infusión de hierbas olorosas para lavarle mejor. Le llevaba recogido muy alto, sobre el colodrillo, en trenza que, atada luego, formaba un moño en figura de dos triángulos equiláteros que se tocaban en uno de los vértices.

Como Juanita decía que cabeza loca no quiere toca, casi siempre iba á la fuente sin pañuelo en la cabeza, luciendo así el primor y la pulcritud de su peinado y dejando ver lo bien plantada que estaba

la cabeza sobre su airoso cuello, sólo sombreado por algunos ricillos menudos, que se sustraían á la cautividad en que tenía el moño los más largos cabellos. Por delante, recogido el pelo, dejaba ver la tersa frente, recta y chiquita, y sobre las sienes tenía grandes rizos sostenidos con horquillas, que llaman por allí *caracoles*, por bajo de los cuales había una suave patillita, que no fijaba ella contra la cara con zaragatona ó pepitas de membrillo, como hacen otras muchachas, sino que dejaba flotar libremente en vagas sortijillas ó más bien alca-yatas donde colgar corazones.

La misma libertad en que se había criado, y el constante ejercicio corporal, ya en útiles faenas, ya en juegos más de muchacho que de niña, habían hecho que Juanita, aunque no tenía la santa ignorancia, ni había vivido con el recogimiento que recomiendan y procuran otras madres celosas, no había pensado todavía en cosas de amor. Era buscada, requebrada y solicitada por no pocos mozos, pero, brava y arisca, sabía despedir huéspedes, imponer respeto y tener á raya á los más atrevidos.

Sólo se le conocía una inclinación que, desde la niñez, persistía en ella con constancia; pero esta inclinación, al menos por su parte, más que de afecto amoroso, tenía trazas de fraternal cariño. Quien le inspiraba, compartiéndole sin duda por menos inocente estilo, era Antoñuelo, el hijo del

maestro herrador, y sobrino del cacique, quien tenía en el lugar muy humilde parentela.

Antoñuelo era un mocetón gentil y robusto, muy simpático, aunque de cortos alcances, y decidido para todo, y singularmente para admirar á Juanita, á quien consideraba y respetaba, sometiendo á ella toda su voluntad, como por virtud de fascinación ó de hechizos.

---



## VI

Entregado don Paco á sus constantes y diversos quehaceres, no sólo no había pensado en casarse por segunda vez, sino que nunca había tenido amoríos, ó al menos, si alguno había tenido, habían sido con tan maravilloso recato, que nadie se había enterado de ellos en Villalegre, lo cual es una inverosimilitud extraordinaria, porque en aquel lugar apenas había persona, y menos aún si era de tanta importancia y viso como don Paco, que pudiera hacer ó decir cosa alguna que no se supiese. Hasta los mismos pensamientos se adivinaban allí, se divulgaban y se comentaban, como el pensador no pensase con mucho disimulo y muy para dentro. Debemos, pues, creer que don Paco no había tenido amoríos, á no ser muy efímeros y livianos, y que ni siquiera, durante su larga viudez, había pensado en semejante cosa.

Tenía, sin embargo, notable aptitud y tino para conocer y admirar la belleza femenina, y hacía ya

meses que, casi sin reparar en ello y muy involuntariamente, cuando estaba de tertulia con el escribano y el boticario y con otros señores, en los poyos que había junto á la fuente, sus ojos se fijaban con morosa delectación en Juanita la Larga, que aun solía venir á llenar su cántaro y á estar allí de charla con las otras muchachas mientras que le llegaba su turno.

Indudablemente don Paco había empezado á sentir hacia Juanita viva inclinación, que era difícil de dominar; pero se le pasó bastante tiempo sin dar muestra exterior de que la sentía, anhelando acaso ocultársela á sí mismo por razones que él se daba.

Fundado en la propia modestia, que le hacía formar un pobre concepto de su persona, hallaba que con sus cincuenta y tres años, treinta y seis más que Juanita, no podía ya enamorar á la muchacha, la cual, ó desdeñaría su cariño, ó sólo por interés se movería á corresponderle. Pensaba luego que Juanita, aunque en aparente libertad, estaba muy vigilada por su madre, y como madre é hija vivían con cierto desahogo, no era de presumir que, si él tuviese intenciones pecaminosas, ellas cediesen, sino que en todo caso cederían *in facie Ecclesiae* y llevando al cura por delante.

La idea de casamiento aterrorizaba á don Paco, y no porque en absoluto le repugnase el estar ca-

sado, sino porque su hija, la señora doña Inés, le inspiraba un entrañable cariño, mezclado de terror, y porque ella era tan imperiosa como brava, y sin duda se pondría hecha una furia del Averno si su padre le diese madrastra, sobre todo de tan ruín posición, y si á los siete nietos que ella le había dado, y á los que calculaba que podrían venir todavía, persistiendo ella en su actividad productora, quitase él la esperanza de heredar el majuelo, el olivar y la casa, y de gozar, en vida suya, de no poco de lo que él fuese granjeando con sus variadas artes.

Temblaba don Paco de incurrir en el enojo de su hija, y aunque temblaba principalmente por el mismo enojo, no dejaba de recelar sus malas consecuencias.

Bien conocía él que no había en el lugar una persona ni varias juntas que pudieran reemplazarle con éxito en sus diferentes empleos; pero el mundo no estaba yermo ni falto de hombres de Estado rústicos, los cuales podrían buscarse y traerse de fuera del lugar para que á él le reemplazaran. Y bien conocía también que su hija era punto menos que omnipotente, porque tenía subyugadas ambas potestades, la temporal y la espiritual.

El padre Anselmo la tenía por una santa y por una doctora, y cuanto ella decía, era para él, sin poderlo remediar, un legítimo corolario de los

Evangelios y de las Epístolas. El padre Anselmo sería capaz de excomulgar á quien ella le mandase. Y en lo tocante al brazo secular, era evidentísimo que doña Inés le tenía sujeto á sus caprichos y que aplastaría con todo su peso á quien ella quisiese.

Don Paco, en esta disposición de ánimo, razonablemente motivada, aunque no hemos de negar que él era dulce, pacífico y algo débil de carácter, adelantaba en su imaginación los casos futuros, y presuponiéndose ya prendado de Juanita, declarado y aceptado, veía un tropel de males que salían del corazón enfurecido de doña Inés como de nueva caja de Pandora.

Pesaban tanto en su espíritu estas consideraciones, que, notando que su afición oculta iba creciendo, procuraba ó más bien se proponía huir de la vista de Juanita, no pasar por su calle para no verla en el portal ó asomada á la ventana; y no ir á la tertulia de los poyetes, bajo los álamos, para no tener que admirarla cuando charlaba con las demás zagalonas ó con los mozos en la fuente del ejido, ó cuando subía ó bajaba gallardamente, con el cántaro apoyado en la cadera, por la cuestecilla que se extiende desde la fuente hasta el lugar.

Á pesar de sus prudentes propósitos de retraimiento, una fuerza, al parecer superior á su voluntad, le llevaba á veces á pasar por delante de la

casa de Juanita más de lo que era necesario; á ir á la iglesia cuando él sabía que iba ella con su madre, á misa ó á sus devociones, y á acudir á la tertulia de los poyetes casi todas las tardes.

Para Juanita, que se había pasado todo el día co-siendo y bordando en casa, era pretextó de solaz ó de paseo el ir casi al anochecer á la fuente por agua. Su madre encontraba que, en la posición algo señorial, desahogada y decorosa en que ya imaginaba hallarse, y atendido el desenvolvimiento físico de Juanita, que había llegado á transformarse de muchachuela en una magnífica y real moza, no estaba bien, y era darse poquísimó tono el ir por agua á la fuente como la más plebeya y humilde pelafustana.

Pero á Juanita le divertía este ejercicio, y tenía una voluntad indómita. A las observaciones que su madre le hacía daba oídos de mercader; acariciaba á su madre para vencer su oposición y disipar su disgusto, y seguía yendo á la fuente á pesar de todas las observaciones.

---



## VII

Una tarde del mes de Mayo Juanita se entretuvo en la fuente en larga y alegre conversación con otras muchachas.

Ya anohecido, subía con su cántaro lleno por la cuesta, que en aquel momento estaba sola.

La tertulia de los poyetes solía, en primavera y en verano, durar hasta las ánimas, hora en que los tertulianos se retiraban para cenar y acostarse.

Aquel día don Paco había estado haciendo esfuerzos, ó como si dijéramos, gimnasia con su voluntad para no ir á la tertulia y ver á Juanita. La lucha entre su voluntad razonable y su inclinación había durado bastante. Al fin, la voluntad sometida llevó, aunque tarde, á la tertulia de los poyetes á toda la persona de don Paco.

La pícara casualidad hizo que, al bajar don Paco, subiese Juanita, según hemos dicho.

Era ya de noche. El cielo estaba despejado, pero

sin luna. Las estrellas, si resplandecían en el éter infinito, vertían muy débil luz sobre la tierra. Acrecentaba la obscuridad, en el punto en que ambos se encontraron, algunos frondosos árboles que allí había y el alto vallado de zarzamoras y de otros arbustos que se extendía á un lado y á otro por casi todo el camino.

Juanita era muy distraída é iba además pensando en sus travesuras de muchacha. Don Paco era también distraído. Él mismo no sabía en qué estaba pensando. Era, además, algo corto de vista. Lo cierto es que no repararon uno en otro al venir en opuestas direcciones, ni oyeron el ruido de los pasos. Chocaron, pues, y se dieron un buen empujón.

—Caramba, hombre — dijo Juanita — mire usted por donde va y no camine á ciegas; por poco me tira el cántaro.

Don Paco, que conoció á Juanita por la voz, contestó con mucha dulzura:

— ¡Perdona, hija mía! ¿Te he hecho daño?

Ella, que también conoció á don Paco en seguida, replicó riendo:

— ¿Qué daño me ha de haber hecho usted? Pues qué, ¿soy yo acaso de alfeñique?

— No, hija. Bien sólida y firme me pareces. Si en algo eres de alfeñique, no es por lo quebradiza, sino por lo dulce.

—Entonces seré turrón de Alicante, dulce pero duro.

—Y vaya si me ha parecido duro.

—Si advirtió usted su dureza hablará sólo de su dulzura por adivinanza.

—Pues qué, ¿no podría yo probarla?

—Ya está usted viejo, don Paco, y no podría meterle el diente.

—Pues te equivocas, que yo no estoy tan viejo, y tengo los dientes tan cabales y tan fuertes, que, si se tratase de mordiscos, hasta en una piedra los daría. Pero yo no quiero emplear contigo sino más blandas y amorosas demostraciones.

—¡Ea, quite usted allá, señor don Paco! ¿Qué demostraciones ha de hacer usted, si puede ser mi abuelo?

Y como don Paco seguía plantado delante, atajándole el camino, Juanita continuó:

—Vamos, déjeme usted pasar. Si parece usted un espantajo. ¿Qué dirá la gente si le ve y le oye hablar aquí y requebrar en la obscuridad á una mocita? Capaz será de decir que ha perdido usted la chaveta y que ya no sirve para secretario del Ayuntamiento y consejero de don Andrés.

Don Paco se apartó entonces y dejó pasar á Juanita, pero en vez de dirigirse hacia la fuente, se volvió, siguiéndola, hacia el lugar.

—¿Qué hace usted, señor? ¿Por qué no va á su

tertulia? Todavía están en los poyetes el señor cura, el boticario y el escribano. Váyase usted á hablar con ellos.

— Ya es tarde, pronto se volverán y desisto de ir hasta allí. Prefiero volverme charlando contigo.

— ¿Y de qué hemos de charlar nosotros? Yo no sé decir sino tonterías. No he leído los libros y papeles que usted lee, y como no le hable de los guisos que mi madre hace ó de mis bordados y costuras, no sé de qué hablar á su merced.

— Háblame de lo que hablas á Antoñuelo cuando estás con él de palique.

— Yo no sé lo que es palique, ni sé si estoy ó no estoy á veces de palique con Antoñuelo. Lo que sé es que yo no puedo decir á su merced las cosas que á él le digo.

— ¿Y qué le dices?

— Pues no quiere usted saber poco. Ni el padre Anselmo, que es mi confesor, pregunta tanto.

— Algo de muy interesante y misterioso tendrá lo que dices á Antoñuelo, cuando ni al padre Anselmo se lo confiesas.

— No se lo confieso porque no es pecado, que si fuera pecado se lo confesaría. Y no se lo cuento tampoco, porque á él no le importa nada, y á usted debe importarle menos que á él.

Á todo esto, como iban á buen paso ambos interlocutores, habían ya subido la cuesta y se hallaban

en el altozano, á la entrada del lugar, donde están la iglesia parroquial y las primeras casas.

— Déjeme su merced ahora — dijo Juanita, — y no venga, con perjuicio de su autoridad, acompañando á una chicuela que lleva un cántaro. ¡Pues no se enojaría poco la señora doña Inés, que tiene tantos humos, si viese á su señor padre sirviendo de escolta, no á una princesa como ella, sino á una pobrecita trabajadora!

— ¿Qué había de decir? Diría que yo te estaba encomendando algún trabajo.

— No es esta hora ni ocasión para eso. Y por otra parte, no es á mí, sino á mi madre, á quien los trabajos se encargan. Acuda usted á ella si algo quiere encargar.

Y diciendo esto, apresuró el paso, hizo á don Paco un gesto imperativo, marcándole la calle por donde debía irse, y ella se fué por otra que formaba ángulo recto con la que don Paco debía seguir.

---



## VIII

Mucho caviló don Paco sobre aquel diálogo, midiendo é interpretando las palabras de Juanita.

Le había llamado abuelo, pero con amable risa. Todos los hombres, abuelos y nietos, solemos prometérnoslas felices y casi siempre nos inclinamos á dar la más favorable interpretación á cuanto dicen las mujeres que pretendemos.

No se podía dudar, por ser cuestión de una ciencia tan exacta como la aritmética, que él hubiera podido ser el abuelo de Juanita. Don Paco hacía este cálculo.

Yo tengo cincuenta y tres años. De diecisiete á cincuenta y tres van treinta y seis; á los diecinueve años bien pude yo haber tenido una hija, y esta hija bien pudo haberse casado y tener á Juanita á los diecisiete.

Después sumaba don Paco:

— Diecinueve más diecisiete, más otros diecisiete que tiene Juanita ahora, son cincuenta y tres, que es mi edad: luego, muy descansadamente, pudiera yo ser el abuelo de esa pícara muchacha.

— *E pur si muove*—proseguía, pues era hombre erudito hasta cierto punto, sabía un poco de italiano, porque había oído cantar muchas óperas, y conocía las palabras que se atribuyen á Galileo, así como varias otras sentencias expresadas en la lengua del Dante: verbi gracia: *Chi va piano, va sano, e va lontano*.

La primera sentencia aplicada á su situación quería significar que él, á pesar de poder ser el abuelo de Juanita, quería y podía ser otra cosa muy diferente; y la segunda sentencia, que también recordaba don Paco, quería significar que él debía ir con tiento, con pies de plomo y sin precipitarse, porque no se ganó Zamora en una hora, y porque la muchacha no era muy arisca en el fondo, ni probablemente tan firme y dura de entrañas como, merced al encontrón que había tenido con ella, le constaba que era firme y dura en su juvenil superficie. Además, las esperanzas, lejos de desvanecerse, crecían en su pecho, hallándose más inverosímil abuelo que inverosímil amante. Para corroborar esta lisonjera afirmación, se contemplaba don Paco en el espejo en que solía afeitarse, el cual, aunque era pequeño, no lo era tanto que no

reflejase casi toda su persona. Él exclamaba al verla, como el pastor Coridón de Virgilio ó como el Marramaquiz de Lope:

¡Pues no soy tan feo!

Y verdaderamente, no era feo don Paco, ni parecía viejo tampoco.

Á las últimas palabras de Juanita dió don Paco una interpretación lisonjera, pero acaso más comprometida de lo que él deseaba.

Al indicarle la muchacha que hablase con su madre y que le encargase la obra de costura que ella debía hacer, ¿no estaba claro que Juanita se mostraba propicia á entrar en cierto género de relaciones, aunque no á hurto, sino á sabiendas y con beneplácito de la autoridad materna?

Como quiera que fuese, don Paco, sintiéndose prendado de Juanita, se allanaba á pasar por todo; pero se propuso, como hombre prudente, no aventurarse más de lo necesario y no soltar prenda por lo pronto.

Á que él entrase en relaciones serias con Juanita y conducentes á la *buena fin*, se oponían dos consideraciones: era la primera la excesiva, sospechosa é íntima familiaridad que tenía Juanita con Antónuelo, el hijo del herrador; y era la segunda la casi seguridad del furioso enojo de doña Inés cuando llegase á saber que él tenía un compromiso serio

con Juanita. Doña Inés inspiraba á su padre terror pánico y siempre trataba de huir de su enojo como de una espada desnuda.

Su decidida afición á la muchacha saltaba, no obstante, por cima de los obstáculos, como un corcel generoso salta la valla que se le ha puesto para atajar su carrera.

En resolución, combatido don Paco por hartos contrarios sentimientos, aunque se propuso no desistir de la empresa que había formado de manera muy vaga, se propuso también proceder con la mayor cautela y ser lo más ladino que pudiese aunque en estos negocios no le sucedía como en los negocios del municipio, y el ser ladino no era su fuerte.

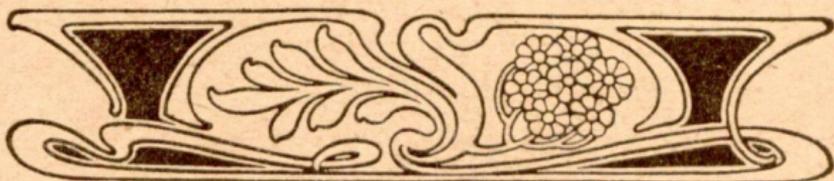
Así discurriendo, pasó don Paco revista á su ropa blanca. Vió que sólo tenía media docena de camisas bastante estropeadas y con muchos zurcidos. Y como esto era muy poco para él, persona de extremado aseo, que ¡cosa rara en un pequeño lugar! se ponía ropa limpia tres veces á la semana, decidió que estaba justificadísimo el mandar que le hicieran media docena de camisas nuevas, que le hacían muchísima falta. ¿Y quién había de hacerlas mejor que Juanita, que era la costurera más hábil de Villalegre? ¿Y quién había de cortarlas mejor que su madre, la cual, lo mismo que con el mango de la sartén en la izquierda y la paleta en la dies-

tra, era una mujer inspirada con las tijeras en la mano y con cualquiera tela extendida sobre la mesa y marcada ya artísticamente con lápiz ó con jaboncillo de sastre?

Al día siguiente, decidido ya don Paco, acudió muy de mañana á casa de Juana la Larga y le mandó hacer seis hermosas camisas de madapolán con puños y pechera de hilo, ajustándolas á treinta reales cada una. Para ganarse la voluntad y excitar el celo de ambas Juanas, les llevó don Paco, envuelto en un pañuelo, y sin que los profanos viesen lo que llevaba, un cestillo lleno de fresas, fruta muy rara en el lugar; y para mayor esplendidez, sacó además del bolsillo del holgado chaquetón que solía vestir de diario, nada menos que tres bollos del exquisito chocolate, que solía hacer doña Inés en su casa, y del cual había regalado á su padre una docena de bollos de á cuatro onzas cada uno.

Juana la Larga, que era muy golosa y muy aficionada á que la obsequiasen, aceptó el presente con gratitud y complacencia, pero como no era larga solamente de cuerpo, sino que lo era también de previsión, y si vale decirlo así, de olfato mental, al punto olió y caló las intenciones que don Paco traía y sobre las cuales había ya sospechado algo.

---



## IX

Reza el refrán que honra y provecho no caben en un saco; pero Juana la Larga, sobre ser honrada, rayando su honradez en austeridad para que se borrara la mala impresión de sus deslices juveniles, era además una matrona llena de discreción y de juicio, y sabía que el mencionado refrán se equivoca muy á menudo. Para ella, en el caso que se le acababa de presentar, en vez de no caber en un saco, el provecho no podía ser sin la honra, y la honra tenía que producir naturalmente el provecho.

Si Juanita se dejaba camelar á tontas y á locas, se exponía á dar al traste con su reputación y á ser el blanco de las más feroces murmuraciones y á perder para siempre la esperanza de hallar un buen marido. Y todo ello por unas cuantas chucherías y regalillos de mala muerte. Mientras que si Juanita acertaba á ser rígida sin disgustar y ahuyentar al

pretendiente, pero sin otorgarle tampoco el menor favor de importancia antes de que el cura diese en la iglesia el pasaporte para los favores, convirtiéndolos en actos de deber y cargas de justicia, harto posible era que don Paco se emberrenchinase hasta tal punto, que entrase por el aro rompiendo todo el tejido de dificultades que al aro pusiesen doña Inés y otras personas, y elevando á Juanita á ser legítimamente la señora del personaje más importante del lugar después de don Andrés Rubio, el cacique.

Con tales pensamientos en la mente, á par que con notable destreza y desarrollando la cinta que estaba enrollada en una carretilla, tomó Juana á don Paco las medidas convenientes. Estuvo con él más dulce que una arropía y, aunque le dijo que no tenía que venir á su casa para probarse la primera camisa, porque cuando estuviese medio hecha ó hilvanada se la enviaría para la prueba, le convidó á que algunas noches, de nueve á once, cuando no tuviese nada mejor que hacer, viniese, si quería, un rato de tertulia á su casa, porque ni ella ni Juanita gustaban de acostarse temprano, y aunque estaban casi siempre solas, velaban hasta las doce. Juanita cosía ó bordaba; pero como esto se hace con las manos, su lengua quedaba expedita y charlaba más que una cotorra.

—Yo —añadía Juana la Larga— no coso ni bordo

de noche porque tengo perdida la vista, y así es que estoy mano sobre mano ó paso las cuentas de mi rosario y rezo. Si alguna vez está usted de humor, podemos echar juntos cuatro ó cinco manos de tute, que yo sé que á usted le agrada. Á mí me agrada también, pero mi mala suerte y mis cortos medios no me permiten jugarle más que á real cada juego. Y aun así si le da á una muy mal, bien puede perder veinte ó treinta reales en una noche, como quien no quiere la cosa.

Ya se comprende que don Paco aceptó el convite y fué de tertulia á casa de Juana: al principio de vez en cuando; al cabo de poco tiempo, todas las noches. Casi siempre jugaba al tute y perdía. Sus pérdidas podían evaluarse, una noche con otra, en una peseta diaria. Todo, no obstante, lo daba don Paco por bien empleado.

Las camisas estuvieron pronto concluídas y don Paco quedó muy satisfecho. En la vida se había puesto otras que mejor le sentasen.

No las hubiera hecho más lindas el camisero más acreditado de París. Las lustrosas pecheras no hacían una arruga; los cuellos eran derechos, á la diplomática, y los puños muy bonitos y para los botones que en el día se estilan, Juana le regaló, en compensación de los muchos regalos que de él recibía, un par de botones preciosos de plata sobredorada que mercó en la tienda del Murciano,

tienda bien abastecida, y donde, según dicen por allí, había de cuanto Dios crió y de cuanto puede imaginar, forjar, tejer y confeccionar la industria humana: naipes, fósforos, telas de seda, lana y algodón, especiería, quesos, garbanzos y habichuelas, ajonjolí, matalahuva y otras semillas. Casi eran los únicos artículos que allí faltaban las carnes de vaca y de carnero y toda la pasmosa variedad de sabrosos productos que resultan de la matanza y sacrificio de los cerdos.

Ya estuviesen hablando don Paco y Juana, ya estuviesen jugando al tute, Juanita rara vez suspendía su costura ó su bordado; pero, sin suspenderlos, solía tomar parte en la conversación del modo más agradable. Nadie venía á interrumpir esta tertulia de los tres, salvo Antoñuelo, que escamaba mucho á don Paco y le llenaba de sobresalto y mal humor.

Crecía éste de punto, porque, mientras que don Paco estaba jugando al tute y Juana le acusaba las cuarenta, Antoñuelo se sentaba muy cerca de Juanita, en el otro extremo de la sala donde ella cosía, y ambos cuchicheaban con mucha animación y en voz tan baja, que don Paco no podía pescar ni palabra de lo que decían. Con esto se ponía como sobre ascuas y muy alborotado y triste, sin que para ocultarlo le valiese el disimulo. Entonces don Paco jugaba peor: solía tener rey y caballo del mismo palo y se le olvidaba acusar veinte, ó bien,

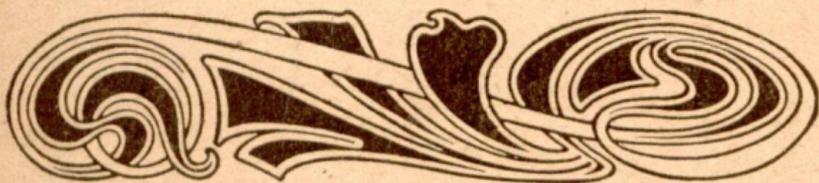
si Juana le jugaba un oro y él tenía el as ó el tres, se le guardaba y no le echaba. Así es que las noches en que venía Antoñuelo á la tertulia, sobre la desazón que daba á don Paco, le hacía perder un par de pesetas y hasta tres á veces.

Viniese ó no viniese Antoñuelo á la tertulia, Juana la Larga estaba siempre presente. Don Paco no hallaba modo de hablar á solas con Juanita, ni de abandonar á la madre é imitar á Antoñuelo, enredándose en cuchicheos con la hija.

Alguna vez que lo intentó, hablando bajo á Juanita, ésta le contestó alto, haciendo la conversación general y despojándola de todo misterio.

Bien hubiera querido don Paco, cuando Antoñuelo venía, rodear las cosas de suerte que le obligase á entretener á la madre, hablando ó jugando al tute con ella; pero Antoñuelo aseguraba que no sabía jugar al tute y daba á entender que nada tenía que decir á Juana.

Con frecuencia calía don Paco tan cargado de esta tertulia que se proponía y casi resolvía no volver á ella, ó al menos ir poco á poco retirándose. Pero ya había tomado la maldita costumbre de ir, y todas las noches, si lo retardaba algo, empezaban al toque de ánimas á hormiguarle y bullirle los pies, y ellos mismos, pronunciándose y rebelándose contra su voluntad, le llevaban á escape y como por encanto en casa de ambas Juanas.



## X

Pronto notaron todos los vecinos, cundiendo la noticia por el resto de la población, las constantes visitas nocturnas de don Paco; pero como Antoñuelo solía ir también, y entre don Paco y Juanita había tan grande desproporción de edad, la gente murmuradora lo explicó todo suponiendo que Antoñuelo era novio de Juanita y que don Paco tenía ó trataba de tener relaciones amorosas con la madre, la cual, á pesar de sus cuarenta y cinco años y de los muchos trabajos y disgustos que había pasado en esta vida, apenas tenía canas, y estaba ágil, esbelta, y aunque de pocas, de bien puestas, frescas, apretadas y al parecer jugosas carnes.

La austeridad esquiva de Juana la Larga, durante muchos años, desde que tuvo su juvenil tropiezo, no pudo en esta ocasión eximirla de la maledicencia. La gente decía que al fin se había dejado tentar y lo daba todo por hecho. Cuando veía la gente que Antoñuelo y don Paco iban á las

nueve á la casa y permanecían allí hasta cerca de las doce, no juzgaba aquella tertulia tan inocente como era en realidad y la calificaba de amor por partida doble.

Las bromas que sobre ello dieron á don Paco algunos de sus amigos le soliviantaron bastante.

Así es que, excitado, si bien no tenía derecho para pedir explicaciones, con más ó menos disimulados rodeos, y cuando Antoñuelo no estaba presente, se atrevió á pedir las y á indagar por qué venía Antoñuelo con tanta frecuencia y de qué trataba con Juanita en sus largos apartes y cuchicheos.

Ambas Juanas, sin alterarse en lo más mínimo y como la cosa más natural y sencilla, lo explicaban todo, afirmando que Juanita y Antoñuelo eran exactamente de la misma edad, se habían criado juntos desde que estaban en pañales y podían considerarse como hermanos.

Añadían ambas que Antoñuelo era travieso, y muy tronera, que daba á su padre grandes desazones, que de él podían temerse mayores males aún, y que á Juanita ni remotamente le convenía para novio, pero que ella no acertaba á prescindir del cariño fraternal que le tenía, ni á prohibirle que viniese á verla, ni á dejar de darle buenos consejos y amonestaciones, los cuales eran el asunto de los cuchicheos.

Don Paco aparentaba aquietarse al oír tal expli-

cación, pero en realidad no se aquietaba; y mostrando el verdadero interés que el buen nombre de Juanita le inspiraba, insinuaba que, aunque todo fuese moral é inocentísimo, convenía, á fin de evitar el que dirán, no recibir á Antoñuelo con tanta frecuencia.

Los sermones que predicaba don Paco, más que morales, conducentes á conservar el decoro de Juanita, no se puede decir que fueron predicados en desierto. Poco á poco dejaron de menudear las visitas de Antoñuelo; sus cuchicheos con Juanita se acortaron, y al fin cuchicheos y visitas vinieron á ser raros.

Esto dió ánimo á don Paco. Creyó notar que se prestaba dócil oído á sus cariñosas reprimendas, y se atrevió á predicar también sobre otro punto.

En extremo gustaba él de ver á Juanita charlar en la fuente ó subir la cuesta con el cantarillo en la cadera ó con ropa ya lavada sobre la gentil cabeza, más airosa y gallarda que una ninfa del verde bosque, y más majestuosa que la propia princesa Nausicaá, que también lavaba la ropa cuando, sin desconcharse ni echar las ínfulas por el suelo, solían hacerlo las princesas, allá en los siglos de oro.

Don Paco, que tenía, según hemos apuntado ya, entendimiento de amor y de hermosura, se quedaba extasiado contemplando el andar de la moza, que no tenía el liviano, provocativo y sucio movimiento de caderas, y los pasitos menudos que sue-

len tener las chulas, sino que era un andar sereno, á grandes pasos, noble y lleno de gracia, como sin duda debía de andar Diana Cazadora, ó la misma Venus, al revelarse al hijo de Anquises en las selvas que rodeaban á Cartago.

En Villalegre se gastaban corsés y hasta era Juana la Larga quien mejor los hacía; pero la indómita Juanita nunca quiso meterse en semejante apretura ni llevar aquel cilicio que para nada necesitaba ella, y que entendía que hubiera desfigurado su cuerpo. Sólo llevaba, entre el ligero vestido de percal y sobre la camisa y enaguas blancas, un justillo ó corpiño, sin hierros ni ballenas; cosa que bastaba á ceñir la estrecha y virginal cintura, dejando libre lo demás, que derecho y firme no había menester de sostén ni apoyo.

En el espíritu de don Paco pudo, sin embargo, más que el deleite de ver á Juanita en la fuente ó volviendo del albercón, la idea de que, estando ya muy remotos los siglos de oro, no era posible imitar á la princesa Nausicaá sin rebajarse ó avillanarse demasiado; y así, aconsejó y amonestó tantas veces y con tan discretas razones á Juanita para que no fuese á la fuente, apoyándole siempre la madre de ella, que Juanita cedió al cabo y dejó de ir á la fuente y al albercón, retrayéndose además de otros varios ejercicios y faenas que no son propios de una señorita.



## XI

Doña Inés López de Roldán distaba mucho de ser una lugareña vulgar y adocenada. Era, por el contrario, distinguidísima; y, en su tanto los méritos mirados, ó sea guardando la debida proporción, pudiéramos calificarla de una princesa de Lieven ó de una madame Récamier aldeana. Su vida no pasaba ociosa sino empleada en obras casi siempre buenas y en fructuosos afanes. Su caridad para con los pobres era muy elogiada, ayudándola en este ejercicio el señor cura y el señor don Andrés Rubio. No descuidaba ella por eso el gobierno de su casa, que estaba saltando de limpia, y todo muy en orden, á pesar de los siete chiquillos que tenía, el mayor de ocho años; pero como la casa era muy grande, á los cinco mayores, entregados á una mujer ya anciana y de toda confianza, los tenía en el extremo opuesto de aquel en que estaba ella, á fin de que no turbasen con sus chillidos y gritería, ya

sus solitarias meditaciones, ya sus lecturas, ya sus interesantes coloquios con el padre Anselmo, con el cacique ó con alguna otra persona de fuste que viniese á visitarla.

Á las nueve de la noche en verano y á las ocho ó antes en invierno, mandaba acostar á los niños, y desde entonces hasta las once y á veces hasta más tarde, tenía tertulia, en la cual se discreteaba, y á la cual rara vez asistía el señor Roldán, que no presumía ni podía presumir de discreto, y á quien las discreciones de su mujer pasmaban y enorgullecían, pero al mismo tiempo le excitaban al sueño.

En las horas que le dejaban libres los afanes y cuidados de la casa y aun de la administración de la hacienda, de la que suavemente había despojado á su marido, por no considerarle capaz, doña Inés solía ocuparse en lecturas que adornaban y levantaban su espíritu. Rara vez perdía su tiempo en leer novelas, condenándolas por insípidas ó inmorales y libidinosas. De la poesía no era muy partidaria tampoco, y sin plagiar á Platón, porque no sabía que Platón lo hubiese preceptuado, desterraba de su casa y familia á casi todos los poetas, como corruptores de las buenas costumbres y enemigos de la verdadera religión y de la paz que debe reinar en las bien concertadas repúblicas; pero, en cambio, doña Inés leía historia de España y de otros países, y sobre todo muchos libros de devoción. El cura

la admiraba tanto, al oírla hablar de teología, que mentalmente adornaba sus espaldas con la muceta y su cabeza con el bonete y la borla.

Era tan grande la actividad de doña Inés, que á pesar de tan varias ocupaciones, aun le quedaba tiempo para satisfacer su anhelo de enterarse á fondo de la historia contemporánea y local, que tenía para ella más atractivos que la historia universal ó de épocas y países remotos.

Para conocer bien esta historia contemporánea y local y ejercer sobre los hechos la más severa crítica, se valía doña Inés de diferentes medios, siendo el más importante una criada antigua, que hacía recados, que entraba y salía por todas partes y que se llamaba Crispina, émula en su favor y privanza de Serafina, la doncella.

Gracias á Crispina, estaba al corriente doña Inés de los noviazgos que había en el pueblo, de las pependencias y de los amores, de las amistades y enemistades, de lo que se gastaba en vestir en cada casa, de lo que éste debía y de lo que aquél había dado á premio, y hasta de lo que comía ó gastaba en comer cada familia. Á los que comían bien, doña Inés los censuraba por su glotonería y despilfarro, y á los que comían poco y mal, los calificaba de miserables, de ambrones y de pereciendos.

No tardó, por consiguiente, doña Inés en tener noticia de las aficiones de su padre y de sus visi-

tas ó tertulia en casa de ambas Juanas. Muchísimo la molestó esta grosera bellaquería, que tan duramente la apellidaba; pero disimuló y se reportó durante muchos días, sin decir nada á su padre. Doña Inés estaba muy adelantada en sus concebidas esperanzas de octavo vástago, y en tan delicada situación se cuidaba mucho y procuraba no alterarse por ningún motivo, para que las dichas esperanzas no se frustraran ó se torcieran ruínmente, realizándose de un modo prematuro, con deterioro y quebranto de su salud. Pero aunque doña Inés no dijo por lo pronto nada á don Paco, se la tenía guardada, y seguía observando y averiguando por medio de Crispina, en la creencia de que era á Juana y no á Juanita á quien su padre pretendía ó cortejaba.

Esta creencia mitigaba no poco el disgusto de doña Inés, porque no podía entrar en su cabeza que su padre intentase jamás contraer segundas nupcias con Juana la Larga. Así es que lo que censuraba en éste muy ásperamente era la inmoralidad y el escándalo de unas relaciones amorosas contraídas por hombre que tenía más de medio siglo y que iba á ser pronto por octava vez abuelo. La enojaba también la condición harto plebeya del objeto de los amores de su padre, los cuales, si no dignos de aplauso, lo hubieran parecido dignos de disculpa á haber sido con alguna hidalga recatada y de su posición, como había dos ó tres en el lugar,

que, según pensaba doña Inés, hubieran visto el cielo abierto, y aun se le hubieran abierto á don Paco, si él hubiera llamado á la puerta de ellas pidiendo entrada. No se cansaba, pues, doña Inés de censurar las ruines inclinaciones de su padre. Le dolía asimismo que su padre gastase tanto en obsequiar á Juana la Larga, suponiendo, según las noticias que le trajo Crispina, que gastaba mucho más de lo que gastaba.

—¿Conque juega al tute con ella?

—Sí, señora — contestaba Crispina. — Y ya por echarla de fino, ya porque está embobado y embelesado mirando á Juana con ojos de carnero á medio morir y sin atender al juego, lo cierto es que Juana le pela, ganándole diez ó doce reales cada noche. Además los regalos de don Paco llueven sin descampar sobre aquella casa; ya envía un pavo, ya una docena de morcillas, ya fruta, ya parte del chocolate que le regala su merced, hecho por el hombre que viene expresamente desde Córdoba á hacerle en esta casa.

Lo de que don Paco hubiese regalado también parte de su chocolate irritó ferozmente á doña Inés: lo consideró una verdadera profanación y casi le hizo perder los estribos; pero al fin pensó en la situación en que se encontraba, ya fuera de cuenta, y logró reportarse. Su moderación y sus cuidados no fueron inútiles.

El 29 de Junio, día de San Pedro apóstol, sintió doña Inés desde muy de mañana los primeros dolores, y con gran facilidad y felicidad dió á luz en aquel mismo día, á un hermoso niño. La madre y el señor Roldán decidieron que había de llamarse Pedro, en honor del príncipe de los apóstoles en cuyo día había nacido y del que eran muy devotos. El señor don Andrés Rubio prometió tener al infante en sus brazos en la pila bautismal. Y como el infante fuese robustísimo, y el médico asegurase que no corría peligro su vida, retardaron su bautismo hasta mediados del mes de Julio, así porque ya estaría levantada la señora doña Inés y podría asistir á las fiestas que se hiciesen, como porque para entonces se realizaría la anunciada visita del señor obispo, el cual, á más de confirmar á todos los muchachos que no lo estuviesen, les haría la honra de bautizar al futuro Periquito.

El obispo sería hospedado en casa de los señores de Roldán los tres ó cuatro días que estuviese en Villalegre. Doña Inés, por lo tanto, pensando en los preparativos y en todos los medios que había de emplear para hacer con lucimiento recepción tan honrosa, perseveró en refrenar su ira contra Juana la Larga, á quien imaginaba seductora de su padre. Y disimulando el odio que le había tomado, no quiso dejar de valerse de ella en ocasión de tanto empeño.

Ya la había llamado el día del alumbramiento, porque bien sabía por experiencia que no había, en el mundo conocido, más hábil comadre que Juana.

Y como tampoco había por allí mujer más dispuesta para preparar y dirigir los festines, con tiempo comprometió á Juana á fin de que, desde dos días antes de la llegada del obispo, se viniese á su casa, sin volver á la casa propia sino para dormir, y lo preparase y dirigiese todo. Juana prometió hacerlo así y lo cumplió muy gustosa.

---